

EL MARQUÉS DE CUSTINE EN ANDALUCÍA. (II)

José Luis Cano

Hijo de Philippe de Custine y de Delphine de Sabran, que fue un tiempo la amante de Chateaubriand, Astolphe de Custine nació en Francia, en el castillo de Nidervillers, el 18 de marzo de 1790. Su niñez fue nerviosa y sensible, a lo que contribuyó sin duda el que no tardó en descubrir los frecuentes amores de su madre, antes y después de que el padre de Astolphe, el general Philippe de Custine, cayera bajo la guillotina revolucionaria. El gran amor de la bella y sensual Delphine de Custine fué, sin duda, Chateaubriand, pero no era éste el único que gozó de sus encantos. Entre sus amantes se cita también a Fouché, al general Beauharnais y al general Miranda, quien mientras trabajaba en París por la libertad de Venezuela, aún le quedaba tiempo para conquistar a las más bellas damas de París.

El joven Custine tenía sólo veinte años cuando, acompañado de su madre, comenzó a viajar. En 1811 visitó Suiza, y al año siguiente Italia, que fué, para su imaginación sensible, un deslumbramiento. Dos años después se hallaba en Viena, formando parte de la delegación francesa que presidía Talleyrand en el famoso Congreso. Allí conoció a un joven alemán -del que sólo sabemos su nombre: Wilhelm- por el que sintió una intensa amistad, que pronto se convirtió en pasión. Desde entonces fueron inútiles los intentos de Delphine para que su hijo encontrara esposa. Astolphe rechazaba, una tras otra, a las candidatas que le proponía su madre, entre ellas Albertine de Staël, hija de Madame de Staël. Un compromiso con Claire de Duras se rompió a los pocos días de la petición de mano. Una nueva amistad-pasión del joven Custine, esta vez con el conde de La Grange, obligó a Delphine a intervenir enérgicamente y a decidir el matrimonio de su hijo. El 15 de Mayo de 1822, Astolphe de Custine contraía matrimonio con Leontine de Saint-Simon, trece años más joven que él, y al año siguiente la joven esposa daba a luz un niño. Pero la paternidad no impidió a Custine seguir sus especiales inclinaciones y emprender nuevos viajes. En Junio de 1822 salió para Inglaterra, acompañado de un amigo íntimo, Edouard Sainte-Barbe, un joven inglés del cual no se iba a separar ya hasta su muerte. Con él visitó Suiza, Alemania, Italia y España. Sus impresiones del viaje español las reunió en su libro "*L'Espagne sous Ferdinand VII*" (1838). Este viaje a España, acompañado de Sainte-Barbe, fue el más feliz que realizó. Durante cinco meses, de los cuales cuatro transcurrieron en Andalucía, visitaron Córdoba, Sevilla, Ronda, Granada, Cádiz, Tarifa, Algeciras, Málaga y otras poblaciones andaluzas, pasando luego a Gibraltar y a Tánger, para gustar algo de su sabor árabe. Custine buscaba en España, como todos los viajeros románticos, lo pintoresco y lo poético, y lo halló con creces en Andalucía.

Traduzco aquí unas páginas de su paso por el sur de España:

Documento

2ª Parte. ALGECIRAS Y GIBRALTAR.

Como todas las ciudades de esta parte sur de España, Algeciras está situada en medio de una tierra desnuda y despoblada. En otros países, el campo vecino de las ciudades es el mejor cultivado; aquí, los campos que rodean las ciudades parecen devastados. Pero el interior de Algeciras está cuidado, nuevo, alegre, limpio. Bellas calles, revestidas de soberbias losas blancas, reposan los ojos de los viajeros afligidos por la vista del campo de alrededor y por el aspecto de Tarifa, aún presente en su recuerdo. Esta elegancia de arquitectura, este lujo de lugares y de paseos, es una excepción en España. Algeciras es la ciudad más habitable que yo he visto en esta parte del país; hablo únicamente de sus ventajas materiales, pues no hemos hecho más que atravesarla.

En el momento de ir a embarcarnos para Gibraltar fuimos aún acompañados por el viajero de Vejer. Este desgraciado parecía tan turbado que mis sospechas se cambiaron en certidumbre. "He perdido mi pasaporte, me dijo, ¿podrías adoptarme como criado hasta Gibraltar? Una vez allí ya no tengo necesidad de nadie".

Las gentes del puerto, los aduaneros, los alguaciles, nos rodearon, y ante tanta vigilancia me era imposible sustituir uno de mis gentes por el extranjero. Por otra parte dejar en tales circunstancias a un francés tras de mí en España, sin papeles, sin protector, era exponerle a los mismos peligros que yo hubiese querido sustraerle al desconocido. Yo no tenía derecho a eso. Hubiera podido enviar al proscrito a Gibraltar con mi pasaporte y quedar yo atrás, pero su aspecto, el acento español, la edad, todo habría traicionado el fraude a la puerta de la villa inglesa, donde la policía actúa con más severidad que en cualquier otro sitio. El viajero habría sido conducido aquí, y confrontado conmigo. Me habría hecho compartir su suerte sin provecho para él. Afortunadamente tuve el tiempo y la presencia de espíritu necesaria para hacer todos estos cálculos. Los dos policías son de una vigilancia difícil de engañar, y la menor apariencia de intriga política puede resultar funesta a cualquier extranjero, particularmente a un francés: una palabra mal intencionada dicha por un hombre del gobierno ante las gentes del pueblo sería la señal de una masacre inevitable, y después de nuestra muerte los magistrados se justificarían ante su gobierno y nuestro cónsul alegando el furor de los habitantes contra todos los emisarios de los revolucionarios extranjeros; es-

pecie de excusa que la corte de Madrid no deja nunca de aceptar. Tales fueron las reflexiones que me pasaron rápidamente por el espíritu y me decidieron a rechazar al desgraciado; pero cuando pienso que su vida podría estar en peligro, mi corazón se oprime y mis ojos se llenan de lágrimas. ¿Qué podía hacer yo? El peligro era el mismo para él, para mí, para mis gentes; era, pues, necesario escoger entre el desconocido y nosotros; o bien era mejor no reflexionar... Pero yo reflexioné! Después de todo ese hombre me era enteramente extranjero, el peligro que él corría no era quizá tan inminente como el que podía amenazarme a mí. Yo ignoraba su verdadera posición y hasta la menor circunstancia de su historia; él no podía, bajo las miradas de las gentes que nos observaban, darme ninguna de las explicaciones que quizá hubieran determinado el poder salvarle. Avergonzado y desdichado por sentirme tan razonable, terminé por abandonarle a su suerte.

Subí finalmente al barco que nos llevaría a Gibraltar, pero sin lograr distraerme de aquel rostro pálido y derrotado que me miraba partir y quedaba allí como un remordimiento, sobre esa orilla que no podía dejar. El recuerdo de este encuentro permanecería en mí largo tiempo. (1)

En una media hora un viento fresco nos empujó hasta la entrada del puerto de Gibraltar.

Gibraltar me parece muy curioso. Allí, dos genios opuestos están presentes: la actividad del Norte, la apatía meridional; el interés de la sensualidad, la industria y la imaginación: el Occidente y el Oriente, la civilización y la naturaleza se unen sin confundirse. Hay que venir al pie de esta roca para aprender a conocer el orgullo inglés, que quiere someter las costumbres del pueblo de Londres al clima y la tierra de África. Al mismo tiempo hay que admirar el orgullo de los españoles que acabamos de dejar. Estos hombres del mundo anaguo desdeñan todas las mejoras de sus vecinos, y se complacen en su pereza. Ellos caminan por rutas impracticables o permanecen acostados sobre sus murallas desmanteladas frente a los jardines siempre verdes plantados y cuidados bajo el sol de África por los colonos venidos de Gran Bretaña, de donde traen la paciente actividad y el mal humor propio de los hombres ávidos de ganar dinero.

Me imagino la alegría de los verdaderos anglómanos franceses encontrando a su entrada en Gibraltar las pe-

queñas casas de Brighton, las aceras de Londres, las calles en la Mac-Adam, los calesines, los tilburys y hasta los Nursery: maids (doncellas), que hacen olvidar que una veintena de provincias, algunas de ellas reinos, separan Calpe de Inglaterra. Pero, pasado el primer momento de sorpresa, ¿encontrarán mucho placer en caminar sobre tapices que le queman los pies? La idea de que ese mueble está siempre de moda en Londres ¿les consolará del malestar que les causa en España? En cuanto a mí, prefiero caminar sobre las esteras de Filipinas, que no me hacen hincharme los pies, comer jamón de Málaga, frutas de Sevilla, beber vino de Alicante, que comer el bifech muy duro que me traen vivo de Devonshire, atiborrarme de patatas llegadas de Irlanda y beber el sherry preparado al aguardiente para el uso de la guarnición inglesa. Figuraos el placer de ser alojado bajo un clima más ardiente que el de Barbarie, en casas amuebladas a la manera de Londres... Añadid a todo ésto la etiqueta de las posadas inglesas, pero sin su limpieza, y tendréis idea de los inconvenientes de la anglomanía de los colonos trasplantados de Escocia a la otra punta de la tierra.

Lo que se llama "saison" de Londres es la época del calor. ¿Creéis que a causa de ésto se baila todo el verano en Gibraltar en los pequeños chalets habitados por las familias de los oficiales de la guarnición?. Parece que las formas exteriores de la existencia fuesen el destino de los ingleses, como la antigua fatalidad de las pasiones dominaba a los griegos. En fin, por un calor desconocido en Inglaterra, que sobrepasaba el de África, los ingleses que viven aquí se encierran en barracas inhabitables para los hombres situados bajo esta latitud; así, este pueblo desterrado se condena a perpetuar aquí todos los inconvenientes de la sociedad tal como se la comprende en Londres, sin pensar que la actividad de los habitantes de la Gran Bretaña deviene sin objeto en Gibraltar, donde no hay ni niebla que sacudir ni vanidad social que alimentar.

Hay quien se queja de las dificultades que experimentan los extranjeros para entrar en Cádiz. La torpe exigencia de la autoridad española está lejos, sin embargo, de las minucias de la policía inglesa en Gibraltar. Apenas desembarcado en esta tierra donde los hombres son, se dice, liberalmente gobernados, se me ha retenido bajo el sol por la policía. Y aunque llegaba con un inglés, se me ha exigido que suministre la fianza de un habitante de la villa. He enviado mi demanda, con una nota de recomenda-

ción, a un comerciante de Gibraltar, para el cual afortunadamente tenía una carta de crédito, y he encargado de este mensaje a un hombre del puerto. Al cabo de dos horas mortales de espera, se me ha dicho que podía entrar en la ciudad.

Me ha divertido examinar la manera cómo los funcionarios escoceses ejercen la policía contra los asuntos de los ingleses. Si un mozo de cordel de Gibraltar se acerca a un barco dispuesto a lanzar el ancla, puede estar seguro de recibir un golpe de fusil y no pocas injurias; después el frío escocés vuelve a su paso de máquina, mientras que el pobre judío, o el maltés o el español católico nacido en Gibraltar, espera, murmurando, una mejor ocasión para engañar la vigilancia de sus carceleros. He aquí los primeros objetos que han golpeado mi vista saliendo de un país despóticamente gobernado para entrar en un pueblo libre, en un país liberal. Yo sabía desde hace tiempo a qué atenerme sobre esa virtud inglesa en las colonias, pero creía que el gobierno británico haría excepción en favor de Gibraltar.

Las calles de Gibraltar se parecen a las de todas las pequeñas villas inglesas; se las cubre de telas grises para atemperar el brillo del día y quizá para semejar el cielo de Inglaterra, y recorriéndolas podréis creerlos transportados a Cheltenham o a otro pueblo de provincia de los tres reinos.

El lugar de Gibraltar, uno de los más asombrosos de Europa y del mundo, está embellecido, me dicen, por el sentimiento de la naturaleza y el gusto de las cosas cuidadas que caracterizan a los ingleses; por mi parte a mí me gustaría más enteramente salvaje. No se puede adornar esta naturaleza al punto de reducirla a la medida de un paisaje de jardín. Tocar tales sitios es solamente hacer ver la imposibilidad de arreglarlos. No se corrige el genio: en los países donde la naturaleza no tiene más que talento puede cultivársela; pero no se puede embellecer las altas montañas, las profundas soledades, ni las grandes ruinas; y sólo se puede admirarlas tal como ellas son. ¿qué más se quiere que la admiración? Pero la admiración no está a la puerta de todo el mundo, como el placer que dan el sentimiento de la elegancia y el gusto de las pequeñas cosas bien cuidadas.

La roca de Calpe es prodigiosa, sobre todo del lado opuesto a Gibraltar, cuyas casas de extienden alrededor

Documento

de su base, y trepan en líneas irregulares, como la dentadura de una sierra, sobre las pendientes menos rápidas de su región inferior; pero hacia la parte que mira al Mediterráneo, no hay ya pendiente, ni gradas, ni desigualdades: es una muralla batida a pico del borde del mar hasta la cima de una montaña enorme: nada crece, nada habita en el reverso de la roca: es un desierto vertical. No se puede repetirle bastante, esta maravilla natural produce un efecto prodigioso a todo viajero que tenga aún capacidad de asombro; pero de ordinario aquellos que van muy lejos, caminando, pierden la facultad de la sorpresa. Ese corte de la roca está tan extrañamente hecho, que no parece natural: es un monumento, pero ¿para quién fue erigido? se cree ver una lámina de cuchillas, la espalda apoyada en el mar, y mostrando en el día el lado cortante, o más bien, es un muro batido entre la tierra y el cielo. Dije antes que este precipicio es inhabitable, pero me equivoqué, pues sirve de asilo a toda una nación de monos que encuentran el medio de vivir en las desigualdades imperceptibles de la pared de la roca, lugar opuesto al que mira al océano, y donde se ha arraigado la villa, porque esta pendiente occidental es un poco menos rápida, un poco menos sobrenatural que la otra. Se me asegura que ese pueblo trepador -hablo de los monos- escala la cima de la roca para ver qué ocurre del otro lado, y desciende de nuevo hacia Gibraltar los días en que el viento del Este (el terrible levante (1), el siroco de España, viene a soplar con más violencia que de costumbre.

Hay una ruta practicable para los coches, y quien conduce desde Gibraltar hasta el lugar que se llama la Punta de Europa, en oposición a la roca de Abila en África; este camino ofrece a los paseantes una serie asombrosa de vistas, y al mismo tiempo pasais de una hilera de casas tan cuidadas, tan bien pintadas, que no sabeis ya lo que veis: lo bonito os distrae de lo bello, y os creéis delante de un cuadro mal compuesto: la civilización inglesa así desterrada me parece semejante a la instrucción de las gentes que leen todo sin discernimiento; so pretexto de formarse el espíritu, trastornan el desarrollo natural de facultades, y se llenan la cabeza con ideas de los otros recogidas sin gusto, amontonadas sin orden ni concierto, con hechos cuya significación humana y el sentido providencial escapan al pedante adoctrinado más que cultivado.

Los colonos, sobre todo aquellos que son trasplantados a Gibraltar, me parecen privados del instinto que hace

a los grandes pueblos; el instinto, como yo le comprendo, es una comunicación de la tierra con el cielo por el hombre. He aquí porqué los colonos no lo poseen: son como plantas desarraigadas y puestas en macetas; no son árboles que sostienen el fruto de su terruño.

Pero volvamos a lo que he visto volviendo alrededor de la roca de Gibraltar. Sucesivamente he visto la bahía de Algeciras, el estrecho, África, el Mediterráneo, las costas de España nitidamente dibujadas hasta Málaga; y esas asombrosas lejanías estaban encuadradas por un primer plano formado por bosquillos de geraneos, de palizadas inglesas, de pequeños cottages, a la manera de las casa de Twickenham, es un paisaje cuyos contrastes os hacen creer que habeis perdido la razón. Percibir África paseándose por los jardines de Kew, ¿no es tener un acceso de locura? Creía encontrar algunas relaciones entre los lugares del estrecho de Gibraltar y las costas de la Calabria, cerca del estrecho de Mesina; pero no veo ninguna. Este rincón de España, como todo el resto del país, no se parece sino a sí mismo. El estrecho de Mesina es más bello; el de Gibraltar, que separa las dos columnas de Hércules, posee más grandeza. Pero es grandeza sin armonía; hay aquí, en las formas del paisaje, algo desproporcionado que choca la mirada, y que da al mismo tiempo idea de una enorme potencia. En Gibraltar las impresiones que uno recibe de la naturaleza son siempre contrariadas por el aparato militar. El lujo de cañones, de centinelas y de murallas que reina aquí, es llevado tan lejos como en Prusia: cada espesura de adelfas o de geraneos produce su soldado. Es decir un hombre colocado allí para impedirlos pasear, quedaros o hacer lo que os antoje. Esta fortaleza adornada me causa la impresión más desagradable: en medio de grandes escenas de la naturaleza, la vista de una ciudadela bien cuidada me disgusta siempre, yo preferiría almenas en ruinas; los lugares son sometidos a las leyes de la armonía, como la música; pero lo que caracteriza las de Gibraltar es la ausencia de toda armonía. Sin embargo la naturaleza del Mediodía es tan sublime con los recuerdos de la historia y de la fábula que la embellecen casi por toda Europa, y ella triunfa de los ridículos ornamentos del hombre civilizado a la manera moderna. Poned afeites y moscas en el Moisés de Miguel Ángel: él será siempre lo que es: Removed un poco de arena al pie de la roca de Gibraltar, será siempre Calpe. Es un mojón

caído allí de la mano de Dios, el día en que ha querido separar el Océano del Mediterráneo.

No hace mucho, hacia la punta de Europa, había un desierto de arena que se extendía al pie de la Roca, junto a la puerta de Gibraltar. Los ingleses han hecho de él un jardín, llamado la Alameda (1), según el uso español, con álamos blancos que crecen bien aquí y arrojan una sombra tan espesa que en toda España no he visto nada semejante después de Aranjuez. Las calles de esta Alameda son cercadas con vallas a la inglesa, y pintadas como en Londres. Un hombre que tuviera la vista baja se creería en Inglaterra, pero con el calor y la luz cercana: aunque las lejanías son todas africanas. Hemos recorrido la Alameda en calesa, lujo que España me había hecho olvidar. La ruta es tan unida como los paseos de Hyde Park, y por todas partes conjuntos de retamas españolas, limoneros y geraneos en flor, embalsamando el aire templado de la tarde. Yo no soy un soñador bastante pedante para no poder gozar de este resultado de la industria inglesa. Aparte algunos puentes rústicos y algunos pequeños pabellones un poco mezquinos, la Alameda de Gibraltar es un modelo de gusto, y es también un gran recurso para los habitantes, sobre todo para los oficiales de la guarnición, exiliados con sus familias sobre esta lengua de tierra desnuda, malsana y ardiente. Este embellecimiento es obra del gobernador actual, sir George Don, que gobierna Gibraltar desde hace veinte años y que tiene cerca de ochenta. El ha creado este parque, plantando en los terrenos baldíos y arenosos que rodean la ciudad, así como un cementerio abandonado que lo entristece. Estos jardines son cuidados con el especial trato de los administradores ingleses. He admirado en ellos un busto del duque de Wellington, bajo el cual he podido leer una larga inscripción a la gloria del héroe. Me parece que los ingleses deberían haberla traducido al español, y hacer colocar el monumento sobre el territorio de sus antiguos aliados.

Una dama inglesa, que es la mujer de un coronel de la guarnición, me ha contado lo que ha sufrido durante la última epidemia. Hace tres años que ese azote ha devastado de nuevo Gibraltar. La pintura que ella me hace de la desolación de la ciudad, en aquella época, me ha impresionado. Gibraltar estaba casi desierto. Un mes después de la invasión de la fiebre amarilla, todos los habitantes habían huido, excepto la guarnición. La población entera se había alojado bajo tiendas de campaña, en dos

campos formados en las dos extremidades opuestas del territorio. Uno de los campos ocupaba lo que se llama el país neutro, es decir la estrecha lengua de tierra por la cual Gibraltar comunica con el continente de España. El otro estaba situado en la Punta de Europa.

La persona que me contó estos detalles había pasado el primer mes en la ciudad, donde muchas de sus gentes y su marido fueron contagiados. Ella logró salvar a su marido. Nada puede compararse a la tristeza de las noches de abandono e inquietud que ella había pasado vigilando a su marido. Las virtudes particulares de los ingleses, la resignación, la firmeza, brillaron allí con todo su esplendor. Durante largas horas de angustia y de tinieblas, ella no escuchó más que la fatal carreta que recorría las calles para llevarse a los últimos muertos, y el paso regular de los soldados encargados de escoltar el fúnebre entierro: ceremonia que acrecía el terror por la apariencia del orden social conservado en medio de ese desastre de la naturaleza. Me parecía -me decía ella- que se hubiese querido disciplinar la peste. Estas ceremonias fúnebres, este respeto de los vivos por los muertos, en una sociedad desorganizada por el contagio, que trata a los hombres como a las hojas de los árboles, recuerda la etiqueta de los cursos conservada en el exilio por los príncipes destronados. Cada vez que la pobre mujer sentada junto al lecho de su marido, escuchaba pasar un nuevo convoy, ese ruido, el único que se hacía aún oír en la ciudad devota, le llevaba la muerte en el alma. Escuchando su relato, yo no formaba más que un voto para la esposa fiel: que ella hubiese hecho todo eso por deber y no por amor. ¿Se concibe la desesperación de una mujer que sería apasionada por el esposo que ella guardaría así? Ella no hubiese podido resistir, y moriría después de haberle visto querido. Hay desgracias cuyo relato nos hace recorrer toda la escala de los dolores humanos, y éste sería uno; pero al mirar al marido, yo me tranquilicé de pronto por la mujer: ella me pareció más virtuosa y menos digna de compasión como yo pensaba. Después de un mes de esta vida, la fiebre amarilla, siempre más intensa, la obligó a abandonar su albergue; y seguida de algunos habitantes que quedaban en la villa, marchó a habitar en medio del campo establecido en Punta Europa, y se refugió allí bajo una tienda de campaña húmeda y malsana, con su marido convaleciente.

Documento

La miseria fue grande entre esa población trasplantada; pero vuelvo a repetirlo, los ingleses son pacientes y valerosos. La estación estaba avanzada, el invierno se acercaba, y el mal no disminuía, la epidemia no ha cesado hasta enero. Familias enteras han desaparecido bajo la tienda de campaña con sus últimos criados. No se volvió a las casas de la ciudad sino un mes después de que la epidemia hubiese enteramente cesado. Este mal era una fiebre amarilla bien caracterizada, y nadie aquí duda que la enfermedad no sea contagiosa. Muchas formas de tratamiento han sido empleadas; ninguna ha logrado éxito completo. El que se prefiere consiste en hacer beber al enfermo desde el primer día una enorme dosis de aceite de ricino, una pinta por ejemplo, y frotarle las coyunturas con vino de Jerez.

Un joven inglés acababa de experimentar una enfermedad mortal en Cádiz, que le envió aquí para cambiar de aire. Llegado a Gibraltar, la víspera del día en que la epidemia estalla, coge enseguida la fiebre amarilla; logra curar de ella, y creedme, esta crisis apresura su convalecencia. ¿Dónde y de qué morirá ese hombre?

Este horrible mal toma todas las formas: unos mueren en veinticuatro horas, otros están enfermos tres meses; en otros no hay signo cierto de peligro ni de salud. Ante este pensamiento, la inquietud nos posee, incluso hoy mismo en que la enfermedad ya no reina, y el espanto es un recuerdo; cualquiera que sienta la más ligera molestia podría sentirse contagiado; como el miedo es uno de los síntomas de la invasión del mal, el miedo del miedo debe ser el tormento de aquellos que no han sido aún tocados.

Estos azotes, renovados del Antiguo Testamento, me parecen como especies de niveles, falsos pasados sobre las sociedades para igualar todos los rangos en una desgracia universal. Son los jubilados de la naturaleza, instituidos contra los abusos de las leyes humanas. Estas calamidades, desatando los lazos humanos, pesan sobre los pobres menos que sobre los ricos, porque los pobres tienen menos que perder, y son acostumbrados a las privaciones, a los sufrimientos, a la resignación. Los grandes de la tierra son tratados entonces no solamente con equidad, sino que

sufren una venganza terrible; en un día expían la riqueza, el poder y pagan la felicidad de su vida entera y la de sus padres. Es la comparación del pasado con el presente, es el sentimiento de la decadencia que rinde los reveses de fortuna insoportables. En una ciudad contagiada por la enfermedad, parece que el mal haya descendido, a la voz de los inferiores, sobre la cabeza de los grandes. Entonces la muerte aparece como un agua, cuya esclusa sería confiada a la guardia de esclavos, y que se consuelan de su propio desastre viendo a sus dueños ahogarse con ellos.

Yo me figuro qué habría debido experimentar un hombre situado en la cima de la roca y dirigiendo su mirada sobre esta ciudad desierta, al mismo tiempo que sobre la soledad nuevamente poblada por la población moribunda. Este contraste de las casas abandonadas y de los campamentos habitados, este campo gimiente, esta ciudad silenciosa deben llevar al alma un terror inexpressable.

Para distraerme de estas dolorosas imágenes, quiero terminar mi carta con una anécdota del Perú. Ella os dará la idea de la manera de proceder del Gobierno español en el otro mundo, que, como vais a ver, no vale más que éste.

Un inglés, capitán de la marina real, de quien tengo el relato que vais a leer, estaba en rada en el puerto de Lima. Un día el Virrey le llama a su palacio y le aborda diciéndole familiarmente: "No habéis cumplido vuestra palabra" - "¿Cómo señor?" - "No, me habíais prometido no permitir el contrabando en vuestro buque" - "Nunca he faltado a esa promesa" - "Pero vuestro buque está cargado de oro transportado aquí" - "Señor, no hablarme de eso" - "¿Por qué?" - "Yo conozco a vuestro sobrino, ayer ha venido hasta mi buque en una canoa supuestamente cargada de sal, pero que contenía sacos de oro por un valor de varios millones, pertenecientes a vuestra misma majestad"

El viejo Virrey Pezuela se echó a reír, y respondió al capitán, poniendo el dedo en su boca: "Vos sois clarividente, sed discreto".

¿No es el caso de exclamar, para responder al dicho de Molière, "¿dónde se esconden los contrabandistas?"